

069. La Eucaristía en Don Manuel

¿Se acuerdan de la semblanza que hicimos del Beato Manuel González, El Obispo del Sagrario abandonado? (*Mensaje 1107*). Pudimos decir muchas cosas sobre él, pero Don Manuel —así le llamaban todos— no pudo quedar satisfecho desde el Cielo si dejábamos las cosas a medias y no recordábamos algunos de sus consejos, encerrados normalmente en anécdotas graciosas, sobre lo que debe ser nuestro amor a la Eucaristía. Lo hacemos hoy, a buen seguro que con su sonrisa y bendición desde allá arriba...

¿De dónde le vino a Don Manuel la idea primera? No hacía más que un año que había sido ordenado sacerdote cuando le mandaron desde su Sevilla a predicar una misión en un pueblo no muy lejano. Era a principios del siglo veinte y la pobreza de aquellos pueblos andaluces era muy grande. Llegó a la población en un barquito por el río y después, a lomo de un burro, hasta la población designada. ¡Dios mío, qué horror! Ni un alma en la iglesia, que estaba casi inhabitable.

Y un Sagrario abandonado del todo, con la madera carcomida y un Jesús allá adentro desde Dios sabía cuándo... Al joven sacerdote le vinieron grandes tentaciones de dar al traste con su vocación. Pero, allí le esperaba Dios para su grande Obra. -*¡No abandono nada! ¡Aquí me quedo!*

Nombrado Párroco arcipreste de Huelva, esta su Iglesia era espiritualmente como aquella de la primera misión. Y aquí empezó a actuar. Ni una sola Comunión al principio en una población de veinte mil almas, y al cabo de ocho años ya eran casi doscientos mil los comulgantes. ¿Y los adoradores ante el Sagrario? Llevó tantas almas ante Jesús Sacramentado, que podía escribir: *Siete Sagrarios tiene la ciudad, los siete están acompañados todo el día.*

Don Manuel —que era una maravilla con los pobres, los enfermos, los necesitados—, decía con extrañeza de muchos: *Yo no pido ahora dinero para niños pobres, ni auxilio para los enfermos, ni trabajo para los cesantes, ni consuelo para los afligidos; yo os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado; un poco de calor para esos Sagrarios tan abandonados.*

Las grandes obras sociales que llevaba entre manos nacían precisamente del Sagrario, acompañado siempre, y afirmaba severamente: *¡Todo eso está abandonado cuando Jesús lo está en el Sagrario!...* ¿Se abandona el Sagrario? Esas obras apostólicas y sociales no sirven para nada sobrenatural. Son a lo más medios humanos para fines humanos. Éste era el pensar firme de Don Manuel.

Lo del Sagrario acompañado tuvo su expresión más bella en las visitas de los niños, muy pobres de dinero pero muy ricos de fe. Una tarde observa Don Manuel que los niños de la Escuelas del Sagrado Corazón entran y salen continuamente de la iglesia contigua. -*¿Qué hacéis, chiquillos, entrando y saliendo tanto en la iglesia?* Y ellos, bien convencidos: -*Don Manuel, estamos haciéndole al Corazón de Jesús en el Sagrario unas cuantas visitas para que le duren toda la noche.*

O como aquel otro muchachito, que jugaba y jugaba en el patio sin entrar a visitar al Señor. Le pregunta Don Manuel: *-Y tú, ¿por qué no haces ninguna visita? Y el chico, tan serio: -¿Cómo quiere usted que entre yo ahora si el Señor no me va a hacer ningún caso, con lo entretenido que está con tanta señora y señorita que tiene delante? Cuando se vayan ellas entraré yo para que esté para mí.*

Las Marías de los Sagrarios se iban extendiendo cada vez más. De una diócesis lejana le llega invitación para que les haga una visita, porque ya son trescientas. Y Don Manuel, con su gracejo de siempre, les pone una condición: *-Tengo mucho trabajo y no puedo. Pero les prometo ir cuando a las trescientas les añadan dos ceros.* Dicho y hecho, a trabajar por aumentar los adoradores en toda la región, hasta que le llega la invitación: *-Venga a cumplir su palabra. El 300 se ha convertido en 30.000...*

¿Y qué había que hacer en tantas visitas al Señor? Pues, lo mismo que hace Jesús en el Sagrario: *Estar.* Se va al Sagrario para *estar* con Jesús, igual que Jesús *está* para nosotros y con nosotros. Era la fórmula de oración más fácil. Estar y contar con Él para todo... Como lo hace el mismo Don Manuel, que cuenta con Jesús para todo. Los libros de Don Manuel llenaron de piedad todos los rincones en que se habla el español.

Pero tenían un principio muy simpático. Al escribir un libro, antes de llevar el original a la imprenta, lo colocaba ligera y respetuosamente inclinado ante la puertecita del Sagrario, y decía: *El libro está de rodillas y no se publicará hasta que reciba la bendición de Jesús.* Y apenas salido de la imprenta, era colocado el primer ejemplar igualmente ante el Sagrario como una ofrenda de primicias.

Apóstol incansable de la Comunión, una vez pregunta a un buen campesino: *-¿Por qué no te acercas con más frecuencia a comulgar? ¿Con lo que te espera el Señor!...*

Y el mismo Obispo confesaba: *- Quiero llevarle a Jesús todos los días el regalo de una Comunión nueva.* De ahí su insistir a todos: *-¡Comulguen, comulguen!...*

Sabemos que Don Manuel comenzó su ministerio en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, y el Asilo se convirtió por la adoración de los viejitos y ancianitas en un Paraíso. Hacia el final, Don Manuel les escribió una carta para que la leyeran allí donde estaban felices: *“Ancianitos queridos de las Hermanitas, ya habréis muerto casi todos y habréis visto qué espléndidamente paga en el Cielo aquellas horas de compañía el Jesús del Sagrario de aquella capilla”.*

Este fue Don Manuel, el que le pedía al Señor: *Corazón de Jesús, hazme tan chico, que pueda entrar por el agujero de la llave de tu Sagrario, y, ya adentro, tan grande que no pueda nunca salir.*

¿Se puede pensar en un sueño más precioso?...